

¿Qué es lo que lleva a un escritor a alcanzar el éxito? No lo sé, pero definitivamente ningún autor de prestigio comenzó buscando a una persona desaparecida para conseguir que le publicaran su primer libro. Conozco, sin embargo, algunos casos de escritores que triunfaron de las maneras más insospechadas, absurdas e incluso injustas.

Rodrigo Avilés se volvió famoso gracias a que siempre se topaba con gente famosa. Avilés es un periodista con aspiraciones literarias que debido a su profesión realiza constantes viajes a diversas partes del mundo. Talento literario no tiene mucho —antes de lo que aquí relato había publicado un libro de cuentos y una novela francamente malos— pero lo que sí posee es una suerte inmensa para toparse constantemente con personajes importantes de todos los ámbitos artísticos. Él, por supuesto, nunca pierde la oportunidad de seguirlos para ver qué es lo que hacen y muchas veces también los aborda: en aeropuertos, hoteles, restaurantes, fiestas privadas o incluso en la calle. Todo esto le ha proporcionado un sinfín de anécdotas que recogió en un libro titulado *Encuentros cercanos con las estrellas*. Un ejemplo de lo que ahí se cuenta es cuando Avilés se topó con Joni Mitchell en un bar de Los Ángeles y éste aprovechó para acercársele y preguntarle si había leído el *Libro de Manuel*, de Cortázar, donde ella aparece mencionada. Lógicamente, la diva del *rock* nunca había oído hablar del escritor

argentino, pero se mostró intrigada y le dijo a Rodrigo que conseguiría el libro en su versión en inglés. La anécdota es significativa porque Avilés, siendo un don nadie, cerró el círculo entre estos dos legendarios personajes. Cuando su libro salió a la venta se convirtió en un éxito inmediato, y le dio la celebridad que tanto ansiaba. No le importó que esto fuera a costa del brillo de otras personas, y según leí en una entrevista reciente que le hicieron, actualmente prepara *Más encuentros cercanos con las estrellas*.

Roberto vive desde hace muchos años en un enorme bloque de departamentos situado en un barrio antiguo. El lugar es interesante, pues tiene cierto aire de decadencia clásica, pero no resulta agradable para habitarlo. Frente al edificio hay una plaza en la que regularmente se celebran conciertos de *rock* gratuitos y además del ruido, el sitio se llena de adolescentes enfebrecidos que dejan el suelo y las jardineras tapizados de colillas y botellas de cerveza. Cuando le cuestionaba a Roberto por qué no se mudaba de ahí, me respondía que el ruido apenas se oía y que además le gustaba ver a las muchachas de cuero negro, con el ombligo perforado por un arete y los cabellos pintados de colores encendidos. Puedo imaginarlo solo en medio de la multitud de jóvenes, con una petaca de ron en la bolsa del saco, ajeno al estruendo del escenario pero pendiente de las lolitas que se contorsionan al ritmo de la música. Ahora que lo reflexiono, Roberto siempre ha tenido un comportamiento caprichoso. Probablemente su desaparición está relacionada con un arrebatado adolescente.

Mi objetivo es entrar a su departamento. Quizá ahí encuentre una pista de su paradero o por lo menos el manuscrito que Fonseca está tan interesado en publicar. Ingresar al edificio no representa ningún problema, pues no tiene reja, simplemente un oscuro umbral que desemboca en un laberinto de

escaleras y pasillos. Ayer, un tanto desesperado, intenté forzar su puerta, pero está bien cerrada. A menos que la derribe, por lo pronto no tengo manera de meterme, así que decidí cambiar de plan: buscaré a algunos de sus conocidos, a ver qué averiguo. Comenzaré con Beatriz, la mesera que trabaja en un café cercano al bloque de departamentos. Una mujer a la que, por cierto, intenté ligarme sin éxito durante el tiempo que Roberto y yo frecuentamos el lugar. Él se divertía bastante observando mis torpes esfuerzos por seducir a su amiga, pero nunca me decía nada. Me pregunto si seguirá soltera.

Las manos me tiemblan cuando entro al café y me siento en un reservado pegado a la ventana. El lugar no ha cambiado: las azucareras en forma de reloj de arena aguardan sobre las mesas de manteles cuadriculados. Incluso las moscas diminutas que zumban en busca de migajas me son familiares. Está a punto de oscurecer y la luz del crepúsculo sumerge el café en una acogedora penumbra. Pronto las lámparas se encenderán: señal de que Beatriz está libre, pues es lo último que hace antes de terminar su turno. En este mismo reservado nos quedábamos los tres conversando hasta la madrugada. Eran buenos tiempos en los que yo me sentía atraído por las ideas de un extraño maestro y la presencia de una mujer inalcanzable.

Como si la invocara con mis recuerdos, Beatriz sale en este momento de la cocina con un pedazo de pastel. Su cabello rubio ahora es más largo y lo lleva recogido en una coleta. Deja el plato frente a un taciturno anciano y después atiende el llamado de una pareja en una mesa cercana a la mía. Mientras toma el pedido, sus ojos se levantan de la libreta y se encuentran con los míos. Es entonces cuando comprendo que esa mirada es la misma que la de la mujer de la fogata y la misma que la de Selma en la limusina del señor Fonseca. Una mirada que he perseguido siempre porque me confirma que algo vine a hacer

a este mundo. Algo que valga la pena, como morir dulcemente en los brazos de un amor asesino.

De regreso en casa me sirvo ginebra en las rocas y me siento en la oscuridad a reflexionar sobre el encuentro con Beatriz. Su saludo fue efusivo: me abrazó y me frotó la espalda con las palmas de sus manos, mientras yo me sentía penetrado por el olor de su cuerpo. Luego esperé cinco minutos a que terminara su turno y se sentó a platicar conmigo, como en los viejos tiempos. Teniéndola cerca, pude comprobar que su belleza sigue intacta, aunque ha acumulado algunas arrugas alrededor de los ojos. Yo, según me comentó ella, sí he cambiado: tengo las entradas del cabello más pronunciadas y una incipiente barriga. Me dijo eso al tiempo que sonreía, divertida, pero yo no pude encontrarle la gracia. Después de un breve intercambio de palabras, en el que nos dimos cuenta de que no había mayores novedades en nuestras vidas y que sin Roberto en la mesa nos sentíamos como huérfanos, decidí ir al grano. Le dije que creía que nuestro amigo había desaparecido. Beatriz bajó la vista y notablemente preocupada confirmó lo poco que he logrado averiguar hasta el momento: Roberto tiene aproximadamente un mes que no se deja ver. Le comenté mi intención de entrar a su departamento y que no había encontrado la manera de hacerlo.

—He pensado en marcar al número de personas desaparecidas —le dije, acentuando deliberadamente el dramatismo de mis palabras. Sus ojos se abrieron, grandes.

—Eso es ridículo —dijo, asustada—. Es como darlo por muerto...

Estaba comenzando a disfrutar de su repentina vulnerabilidad, cuando vino la revelación. Sin mirarme a los ojos me dijo que ella tenía una llave del departamento de Roberto. La traería al día siguiente e iríamos juntos.

—¿Hace mucho que la tienes? —fue lo único que atiné a decir.

—Eso no importa ahora.

A partir de ese momento, me quedé sin habla. Le di un último trago a mi café y salí de ahí, balbuciendo un “hasta mañana”. No es que me sintiera traicionado. Simple y sencillamente yo era el más perfecto imbécil que había pisado el planeta Tierra. Mientras caminaba bajo el cielo nocturno los recuerdos se agolparon en mi mente. Jaime, *el Ingenuo*, intentando seducir a Beatriz, bajo la mirada complaciente del hombre que se acostaba con ella. Ya en casa, reconfortándome con la ginebra, comprendo que no tengo rabia. Es algo peor lo que siento: vergüenza.

Todo el día me ha perseguido una sensación de desasosiego. Pero ¿por qué decirlo así? Me lleva la chingada, y punto. En un par de horas pasará a buscar a Beatriz al café y después iremos al departamento de Roberto. Mientras tanto, me encuentro en casa de Hugo, obteniendo algo de tranquilidad en los tragos de anís que me ofrece gustoso. En muchas ocasiones me he compadecido de él, pero en estos momentos lo envidio: vive encerrado en su propio mundo, completamente ajeno a las bagatelas por las que al resto se nos hace agua la boca. Hugo es justo el tipo de persona a la que se le considera un caso perdido, porque no encaja en las convenciones de la sociedad, pero que en realidad se encuentra mucho mejor que todos los que lo juzgan. “Qué desperdicio de talento”, es el veredicto que continuamente se le hace, y no puede haber nada más equivocado. Él es más listo que tú, porque se la pasa mejor de lo que crees y encima te hace sentir mal por ello. Es un genio que ha sabido llegar a un estadio superior en la escala de las relaciones humanas. Por lo tanto, no me queda más que admirarlo, ahora que lo veo acariciar el teléfono con una sonrisa perversa, como an-

ticipándose a sí mismo los deliciosos terrores de sus llamadas nocturnas.

No recuerdo exactamente qué es lo que había imaginado que encontraríamos en el departamento de Roberto —quizá su cadáver putrefacto en la bañera o el lugar revuelto y destrozado—, pero lo que vimos de alguna manera me decepcionó. Todo estaba en orden, como si Roberto hubiera abandonado su departamento cinco minutos atrás. Ahora que estoy en mi cama recién despierto, sintiendo en mi lengua los resabios del cuerpo de Beatriz, recuerdo que ella se sintió muy aliviada. Yo, por el contrario, quedé más desconcertado. Y no es que no me diera gusto poder seguir pensando que mi amigo estaba vivo, pero aquello significaba también que mi búsqueda se prolongaría de manera indefinida. Después de rondar por el departamento varios minutos sin atrevernos a tocar nada, curiosamente como si sintiéramos que estábamos ante una escena del crimen —al menos el crimen de la ausencia de Roberto—, abrí una botella de ron, nos pusimos a beber y a romper el silencio con recuerdos de la época en que los tres éramos buenos amigos. No sé cuánto tiempo nos quedamos platicando, pero el ruido de los camiones arrastrándose en la avenida se dejó de oír y fue sustituido por nuestras risas. Habíamos superado la barrera del día anterior en que por primera vez nos medimos sin la presencia de Roberto. Y lo habíamos logrado con una simple y obvia estrategia: hablando de él continuamente.